CELEBRACIÓN POR LA REINAUGURACIÓN DE LA BIBLIOTECA RAÚL BAILLÈRES, JR.*

*José Barba***

Señor doctor don Alberto Baillères, presidente de la Junta de Gobierno del Instituto Tecnológico Autónomo de México; señora Teresa Baillères; dignos miembros de la Junta y del Consejo; señor doctor don Arturo Fernández, rector de nuestra Institución; honorables representantes del Gobierno de la República que nos acompañan en esta noche: doctor Reyes Tamez, secretario de Educación Pública y licenciado Santiago Creel, secretario de Gobernación,

Dr. Francisco Gil Díaz, secretario de Hacienda y Crédito Público; honorables miembros del presidium; señores industriales y empresarios; licenciada Catalina Jaime, directora de nuestra biblioteca; Mrs. Sandra Masur, viuda de Dornbusch; Familia Palacios Macedo y conservadores de las colecciones especiales “Miguel Palacios Macedo”, “José Luis Lama-drid” y “Rudiger Dornbusch”; señores ingenieros Luis Martín y Javier Calle, de la Empresa de diseño y remodelación Pavlik Design Team; licenciado Manuel Márquez, presidente de la Asociación de ex-alumnos del ITAM; señor Manuel Alberto Victoria, presidente de la Asociación de estudiantes del Instituto; estudiantes y amigos presentes; señoras, señores:

* El título que por razones de composición abreviamos es: “Palabras de celebración por la reinauguración de la ‘Biblioteca central Raúl Baillères, Jr.’ del Instituto Tecnológico Autónomo de México, en representación de su claustro de profesores.” Fue leído por su autor en la ceremonia, el 20 de septiembre de 2004.

** Departamento Académico de Estudios Generales, ITAM.

Agradezco la invitación que me hizo el señor rector para representar en esta ocasión al claustro profesoral de nuestro Instituto. Ojalá que mis palabras correspondan de alguna manera a su sentir común ante la inauguración de las nuevas áreas remodeladas de la biblioteca central “Raúl Baillères, Jr.” y ante el aumento y mejoría de sus servicios.

Porque esta noche, juntamente con el interés académico y la manifestación del afecto fraterno de Don Alberto Baillères, que han inspirado las obras de los prolongados y minuciosos trabajos, celebramos los frutos de la atención especial a un aspecto primordial de la vida universitaria: fue siempre la biblioteca el corazón del centro institucional para el cultivo de la mente por el aprovechamiento de los libros, que —modifiquen como sea su formato o naturaleza externos: desde las tablas cerámicas originales, pasando por el volumen y el *códex quaternus*, los nudos mnemotécnicos de los amautas incas hasta la actualísima página Web o los textos electrónicos— han sido y serán, para cualquier investigador serio y acucioso, fuente inagotable de información, alimento de su alma, aliciente para la reflexión profunda sobre la vida y el verdadero progreso, y coadyuvante remoto o inmediato del éxito humano y profesional, individual y social.

Disfrutaban ya los estudiantes de los bien plantados laboratorios de ingeniería; igualmente del centro de educación física que don Alberto Baillères donó, hace tiempo, a nuestros jóvenes, consciente de la sabiduría del conocido dicho romano *Mens sana in corpore sano*, que, en ocasión similar a ésta, recordaba el doctor Carlos de la Isla. Hoy podríamos añadir *Mens sana apud utiliores atque pulchriores aedes* (“Una mente sana en edificios con mejores servicios y de renovada belleza”); y, parafraseando a Baltasar Gracián: “no hay mayor halago para un buen ingenio que un buen libro...”, decir hoy: “no hay mejor regalo para una universidad de excelencia que una selecta biblioteca...”

Quien conozca la generosidad mecénica y las convicciones filantrópicas, institucionales y humanistas del presidente de nuestra Junta de Gobierno, secundadas por el sostenido interés y cuidado personal, y —yo diría— académicamente entusiasta del doctor Arturo Fernández; quien considere —no sin razón— que la biblioteca de un estudioso o de una institución constituye parte considerable de la biografía de éstos como manifestación de su proceso mental y de sus señas de identidad intelectuales; y quien sepa del incremento duplicador de nuestro acervo de obras: de 65,060 a 115,217 durante

los últimos seis años; y, por ejemplo, del paso de 1,285 títulos de publicaciones periódicas, científicas y de varia naturaleza a 23,000, gracias a recientes adquisiciones y a los innovadores accesos por medio de discos o de nuevos 'servicios en línea'; quien verifique cómo, por el beneficio logrado con las modificaciones y las ampliaciones realizadas en nuestra biblioteca: de 2,703 a 6,165 metros cuadrados, en un momento dado, los visitantes reales al edificio, los esperables entre los 7000 usuarios potenciales (maestros, estudiantes, exalumnos, visitantes con permiso de cortesía académica) pueden ocupar siempre un asiento en alguna de las diversas salas del edificio; quien se informe de que, gracias a la inducción responsable del profesorado y al cada día más capaz y bien motivado equipo del personal de la biblioteca, en los últimos años las solicitudes anuales de consulta atendidas pasaron de 552 a 17,829, y de cómo, con sentido previsor y buena planeación, sobre los 3,520 metros lineales de estantería que poseíamos hace dos años, hemos logrado 5,878, disponibles para la colocación adecuada y el acceso directo y libre a 205,301 ejemplares perfectamente ordenados... quien tenga en cuenta los logros para el empleo provechoso de ese centro no se sorprenderá de que, por encima de todos esos rasgos

de eficiencia tan bien logrados bajo la dirección de la licenciada Catalina Jaime y de su equipo —pues no hay buenas bibliotecas sin buenos bibliotecarios— don Alberto Baillères, la Junta de Gobierno y el señor rector hayan decidido, además, crear en el centro especial Raúl Baillères, Jr. una atmósfera no sólo de bien-estar, de mayor recogimiento y de concentración, necesarios para la investigación, para el estudio y la meditación fructíferos, sino también —por la elección de los diseños, de la textura y la calidad de los materiales, de la sobria reciedumbre o de la invitadora comodidad del mobiliario, según el caso, por la selección de los colores y de los tonos, por lo artístico, alusivo y simbólico de los vitrales, ya instalados o en proyecto— conjuntar la eficiencia, en la nueva remodelación interior del edificio, con un ambiente, por sí mismo formativo, de moderna dignidad y de discreta elegancia, intencionalmente inspirado en algunos detalles de la sala de exhibición de libros raros y antiguos del Trinity College de Dublín.

Es cierto que lo escogido del espacio y el buen gusto de una decoración mesurada educan también el espíritu de quienes se desempeñan en ese medio. ¿No lo estudió así el arquitecto renacentista Leone Battista Alberti al referirse lo mismo a la disposición del Palazzo Ruscellai de

Florencia que a su casa de campo ideal? ¿Perdería su validez este concepto como invitación al promedio de los estudiantes para elevar la cotidianidad de su conducta como usuarios de nuestro centro de investigación, información y reflexión? Analógicamente —por risible que ello pudiera parecernos ahora— ¿no recomendaba, a principios del siglo XX, en sus *Reglas y consejos sobre investigación científica*, el Premio Nobel Santiago Ramón y Cajal que tratasen los profesores de llegar en carruaje a dar sus clases porque de ese modo crearían respeto y aliciente profesional entre sus estudiantes? Pues bien, tan educativo es que los alumnos reconozcan en sus profesores a visitantes asiduos de la biblioteca como que la impresión que ésta cause en unos y en otros sea de bienvenida luminosa y prometedora de más grata estancia para el prolongado y a veces extenuante trabajo intelectual.

Es sabio apoyar, hasta en estos aspectos, que quizá a algunos podrían parecerles menores, el sostenimiento o la recuperación del sentido de modelación de la personalidad de los jóvenes: tanto más cuanto que es creciente en la vida ciudadana, como vemos por el aumento de la informalidad —y hasta menoscabo— del atuendo y del mutuo respeto en el empleo del lenguaje, —¡que es propiedad de todos!— la entropía en el cuidado

de muchas de las manifestaciones de nuestro ser. No estaría mal que los docentes en una institución que forma hombres de considerables responsabilidades futuras, recordáramos aquel *dictum* de Jean Giraudoux, que, entre jocosos y verdadero —irónicamente anacrónico, desde luego— hace improvisar a uno de sus personajes en *La guerre de Troie n'aura pas lieu*: “Las naciones decaen cuando a sus líderes se les olvida darse grasa en el talón de los zapatos.”

La ocasión que hoy nos reúne festeja la considerable mejoría de los acervos, de los servicios y de los espacios de nuestra biblioteca central, a los que me he referido con palabras de muy merecido elogio. Para nosotros, que —por modernas que sean nuestras instituciones— descendemos en línea directa de los venerables monasterios, de los ‘studia generalia’ incluidos en *Las siete partidas* del rey Alfonso X, el Sabio, y de las ‘universitates studentium’ medievales, y que, por eso, al hablar de ‘la facultad’, nos llamamos en ocasiones solemnes ‘claustro profesoral’ y que, como en el caso de los centros de estudio anglosajones, mencionamos las clases y el dar clase como ‘lectures’ y ‘lecturing’ —como si se tratase aún de la vieja lectura comentada sobre el preciado único texto disponible— es muy importante un buen acervo (como el

bifronte dios Jano, que otea el pasado y avisa siempre el futuro): *Monasterium absque bibliotheca sicut castrum est sine armario* (“Un monasterio carente de biblioteca es como una fortaleza desprovista de arsenal”), se decía en aquellos lejanos siglos.

Pero el ambiente interior y los servicios —hemos dicho— son también importantes. Para captar la sensibilidad, ante ellos, de un gran lector latinoamericano, lean ustedes, un día, por curiosidad, el ensayo “Epitafio para una biblioteca”, esa verdadera elegía en prosa que Mario Vargas Llosa redactó, hace años, profundamente dolido por la clausura de la Biblioteca del Museo Británico. Él, con el historiador Hugh Thomas y otros hombres de letras, formó “un comité para tratar de convencer a las autoridades de que, aunque la British Library (intensamente acosada de deudas) se mudara a un nuevo local, se preservase (al menos) el Reading Room...”:

Me sentía traicionado... (Años atrás) —dice— me había entusiasmado. Antes que la riqueza de su colección —unos nueve millones de volúmenes— me deslumbró la belleza de su principal Sala de Lectura, abrigada por aquellos estantes olorosos a cuero y a papel y sumida en una luz azulina, que discretamente descendía sobre ella de la increíble

cúpula erigida por Sydney Smirke, en 1857, la más grande del mundo después de la del Panteón, en Roma, y que la aventaja apenas por dos pies de diámetro. (...) Habitado a trabajar en bibliotecas impersonales e incómodas. (...) no podía creer que ésta, además de ser tan agradecida, fuera tan cómoda, tan silenciosa y hospitalaria. (...) Aquí he sido inmensamente feliz, más que en ningún otro lugar del mundo.

Vargas Llosa, como los que hemos tenido la suerte de disfrutar semejantes beneficios, echaba de menos:

...el silente trajín de antaño, aquella confortable sensación con que allí se leía, investigaba, anotaba, escribía, poseído de un curioso estado de ánimo: el de haber escapado a la rueda del tiempo, de haber accedido en aquel cóncavo espacio de luz azul a esa atemporalidad que tiene la vida de los libros, y de las ideas, y de las fantasías admirables que en ellos se encarnan...

Siempre se asoció a la biblioteca con la sensación de reposo y reflexión. ‘Casas de vida’ se llamaban las bibliotecas adyacentes a los templos del antiguo Egipto, que servían para proteger, copiar e interpretar los papiros textuales, emanaciones del Espíritu. En la Edad media la biblioteca era, después de la iglesia conventual, el recinto más favorecido

del monasterio: “lugar codiciadero para hombre cansado” —le habría dicho nuestro viejo monje Gonzalo de Berceo, en los albores de Castilla. Medio siglo más tarde, Dante Alighieri llamaba, una noche, atribulado, a la biblioteca de un convento perdido en los montes Apeninos. Habiéndosele preguntado, desde dentro, qué deseaba, respondió solamente: “Pax!, Paxe!”

Es la biblioteca el espacio mejor equipado para iniciar y continuar siempre la que Mortimer Adler y Robert Hutchins nombraron ‘the great conversation’ con la ‘subjetividad’ positivista del pasado humano, el ámbito recogido para el diálogo íntimo con los vivos ausentes y con los ilustres idos, como en ella escribió el estadista poeta Francisco de Quevedo:

...con pocos pero doctos libros juntos vivo en conversación con los difuntos y escucho con mis ojos a los muertos. Si no siempre entendidos, siempre abiertos o enmiendan o secundan mis asuntos, y en músicos, callados contrapuntos al sueño de la vida hablan despiertos...”

Más que de la “Biblioteca de Babel” borgeana para la búsqueda del libro poseedor de la expresión de la imaginación total, se trata de un lugar apto para hallar, desde él, salidas del laberinto interior en que nacimos por el solo hecho de ser hombres;

para preguntarnos y para tratar de encontrar respuestas: “¿Dónde y cómo yo, hombre singular, estoy situado en el cosmos, en la historia y en la economía de la vida? ¿Qué sentido tienen mis pensamientos, mis acciones, mis costumbres y mis preferencias, considerados desde este desapasionado punto de mira...?”

Cuando sus condiciones son las dichas y su acervo rico, la biblioteca es un privilegiado hábitat del Espíritu... Duelen por eso la incuria o los descuidos por los que con frecuencia leemos acerca de incendios que devastan venerables edificios enteros, como, hace apenas días, la biblioteca de la duquesa Ana Amalia, de Weimar, cuyo director fue, antaño, nadie menos que Johann Wolfgang von Goethe. Toda celebración como la que hoy tiene lugar en nuestra casa de estudios es un justo y necesario culto a la memoria diacrónica del permanente, sacrificado, pero gozoso, esfuerzo de los hombres de las ciencias, las artes y las letras, una ferviente declaración de filomnesis... Es también un desagravio parcial por la destrucción de los libros: desde las tabletas de la ignota y semiárida región de Sumer, en el mítico Cercano Oriente, hace cinco milenios, hasta la ominosa aniquilación de las sinapsis electrónicas actuales o —cerrando el círculo geográfico—, y, tan recientemente, junto al destrozo de

tantas, sagradas, vidas humanas, la destrucción de más de un millón de tablillas y de obras manuscritas, iluminadas o impresas, quemadas por los bombardeos sobre Bagdad, hace apenas un año y medio...: hechos que algunos atribuyen sólo a los inevitables azares de la guerra y que otros adscriben a la historia universal de la incultura y de la infamia; y ante los que, para quienes amamos los libros, surge, dolorosa, una nueva acuñación de palabras: memoricidio, libricidio, bibliocausto...

Pero el mejor desagravio al dedicado y amoroso esfuerzo de los hombres y mujeres que crearon las grandes bibliotecas (la antigua de Alejandría, la de Pérgamo, la Vaticana, la Riccardiana de Florencia, la Mazarina de París, la Bodleian, la Escorialense, la del Congreso en Washington, en fin...), la más consciente manifestación de respeto a los buenos libros es no sólo el preservarlos sino el hacerlos propios por la asiduidad en su estudio; pues no se trata de simple bibliofilia, que es, además, una pasión costosa. Hay que ir más allá de la simple admiración y consulta. “La disposición por afinidades de encuadernación (formatos, épocas colores) genera una sensación de plenitud y de lujo. ¿Quién no se enamoraría de los libros en tal ambiente? Mas quien ama verdaderamente quiere poseer”, dicen dos revisores de bibliotecas del

mundo. Por eso es prioritaria la educación del asimilador de los contenidos: pues los volúmenes pueden adquirirse con relativas facilidad y prontitud, a los lectores, en cambio, hay que formarlos. Para ello, tanto el formador como el formando necesitan metodología, cualidades intelectuales y morales y, entre ellas, la longanimidad, esa olvidada virtud cuyo significado, por vieja, se ha desleído para muchos.

En unos tiempos en los que la consigna parece ser terminar cuanto antes los estudios superiores, para, siendo sumisos, ocupar enseguida un puesto ‘eficaz’ de trabajo en la compañía, por encima, si es necesario, de cualquier preocupación altruista, el ITAM educa a sus jóvenes en la lectura y el pensamiento reposados y críticos, sabiendo que no serán sólo empleados de empresa, únicamente con intereses propios, sino también ciudadanos: *virī non tantum sibi sed patriae...* (“hombres interesados no sólo en sí mismos sino también en la suerte del país...”). Porque, además, hace mucho tiempo que la universidad no es ya una bendita isla solipsista en la que podamos seguir malentendiendo el espíritu aristotélico de las palabras del cardenal John Henry Newman: “Knowledge is capable of being its own end. Such is the constitution of the human mind, that any kind of knowledge is

its own reward...”: Así, pues, disposición para dar tiempo al tiempo... sabiendo que el propósito de la Institución no es escoger y acelerar ideas seguras para los jóvenes, sino preparar pausadamente hombres seguros para las ideas...

Y, previamente a cualquier destino del conocimiento, aun con fines sociales o para la contemplación teórica, y hasta para la satisfacción puramente personal, insistir en que, por su propia naturaleza de orientación cognitiva, el anhelo de toda pesquisa intelectual y, al mismo tiempo, su fulcro y su meta final es la verdad: lo mismo para la obra teológica de Tomás de Aquino que para la del científico del tiempo y de la complejidad, Ilya Prigogine; el principio se aplica a la investigación del teórico de la administración Peter Drucker lo mismo que a la del economista Milton Friedman o a la del jurista Hans Kelsen: todos parten del mismo deseo y buscan el punto de reposo, y de nueva partida, en la verdad.

Que, por encima de las llamadas ‘cultura de la efectividad’ y ‘estrategia del talento’, nuestros jóvenes, a través del diálogo fecundo con sus profesores y por la meditación activa y la investigación responsable llevadas a cabo durante largas horas, y días, y semanas de tenaz estudio en la biblioteca, aprecien aquí, por convicción personal, el hondo sentido de

la ‘ciencia arquitectónica’, la ciencia de los principios, que es la filosofía, para preparar en sí, evitando cualquier escisión, al ser humano total, a fin de aprender a distinguir con oportunidad la interacción y el valor real de los hombres, de las instituciones, de las ideas y de los tiempos, y a conocer y decidir sus propias metas verdaderas: “porque —como escribió Lucio Aneo Séneca, pensando en la imagen del navío— no hay viento favorable para quien no sabe a dónde va...”

Termino: de parte del claustro de profesores expreso nuestro cordial agradecimiento por las generosas inversiones y donaciones del doctor don Alberto Baillères y de la Junta de Gobierno del Instituto, y por la patente, personal y sostenida atención de nuestro rector a las referidas obras de mejoría y remodelación. Extiendo nuestra felicitación a la licenciada Catalina Jaime, directora de la biblioteca, a su personal, y a los representantes de la empresa Pavlik Design Team. Reitero nuestro reconocimiento a la familia Palacios Macedo y a la familia Lamadrid; igualmente a Mrs. Sandra Masur, viuda del memorable profesor Rudiger Dornbush, y a los conservadores de nuestras colecciones privadas. Me congratulo con nuestros estudiosos y estudiantes por los grandes beneficios que nos depara la renovada

biblioteca central “Raúl Baillères,
Jr.”. A todos ustedes les doy gracias
por su atención.
He dicho.